

RICHESSÉ

Sabrina Brancato

(A Matiz)

La escalera sucia, como siempre. La juventud no tiene respeto. Colillas y papeluchos por todos lados y bolsas de basura en la entrada. No son ellos quienes tienen que limpiar, claro. Trogloditas.

Manuel subía lentamente, apoyándose con una mano en la barandilla y con la otra en su viejo bastón de madera. Los hombros encorvados, las piernas tambaleantes. Un escalón, dos, tres. Otro escalón, dos, tres. Hace algunos años, no muchos, aquél era el ritmo de las noches en la Paloma. Un, dos, tres, cha cha cha. Un, dos, tres, cha cha cha. Así, reina. Vas muy bien. Él se lo tomaba muy en serio. Pero Amelia se reía y le pisaba los pies a propósito. Si vuelves a llamarme reina me busco otro viejecito con quien bailar. Anda, rey. Y se reía, mientras Manuel hundía la cabeza en la curva de su cuello y se dejaba embriagar por la frescura aristocrática que desprendía el perfume mezclándose con los efluvios de la piel de ella, todavía tersa como la de un adolescente.

Richesse. Se lo había regalado por primera vez hace años, tras uno de sus feroces encuentros que siempre se disolvían en carcajadas y besos. Había sido por celos. Amelia se había puesto furiosa al reconocer Manuel a una amiga común, antes de verla, por el perfume que llevaba. Amelia nunca compraba perfume. Anticonsumista empedernida, sostenía que el perfume es un lujo, como las joyas, que también se negaba a llevar. Pero se había mostrado auténticamente feliz cuando, el día después, Manuel había querido celebrar su reconciliación en la perfumería más elegante de la ciudad y le había pedido que eligiera la fragancia que desde entonces siempre delataría su presencia. Y, sin demora, ella había elegido una esencia de jazmín, su flor favorita. *Rrrrrichesse*, había exclamado, parodiando la dicción francesa mientras reía, reía, reía.

Amelia siempre se reía. Se reía socarrona y tierna cuando él se ponía pesado o huraño, enfadado con el mundo entero, que si los jóvenes, si los políticos, si los burgueses. Y se reía a carcajadas cuando él le hacía sus escenitas. Gasparito el tonto era su personaje favorito. A Manolo el gamberro le decía que le odiaba, pero era obvio que se divertía regañándole por sus groserías y poniendo cara de asco ante las obscenidades que salían de su boca arrugada, aquella boca que la mordía con el mismo afán del primer día, dejándole los labios lívidos e hinchados. Ojalá no hubieran inventado la dentadura postiza, decía ella. Y él se hacía el resentido, y entonces ella se lanzaba en sus brazos y le besaba hasta que empezaban otra vez con los mordiscos canibales.

Se reía incluso el día en que murió. Estaba en la cama, con su pijama de florecitas, cubierta sólo por una sábana, y más flaca que nunca. Él sentado a su lado. Esperaban a que terminara el dolor, aun sabiendo que el final del dolor significaría pocas horas más de tranquilidad; luego, el vacío. Ella apretaba los dientes, y él su mano pequeña y blanca, estriada y seca como una flor de porcelana. Hazme la cucaracha, dijo de repente. Ay,

cariño, de qué te acuerdas. Hazme la cucaracha, por favor. Y él, tumbado en la cama, patas arriba. Los animalitos los habían dejado hace tiempo porque el cuerpo de Manuel ya no daba abasto y ya no tenían edad para juegos eróticos. Pero Manuel, mi amor, desnúdate. Si no estás desnudo no tiene gracia. Vaya, Amelia, en la habitación de al lado está Alejandro. Entonces su voz se hizo metálica. ¿No entiendes que me estoy muriendo? Él volvió a agarrar su mano con fuerza y se la llevó a los labios, y luego a los ojos, cerrados sobre el terror del silencio que le esperaba. Se levantó y se quitó las zapatillas, la camisa, el pantalón y los calzoncillos mientras ella le miraba extasiada y cariñosa como había hecho durante años, pero con lágrimas rozándole el pálido rostro, y, otra vez, patas arriba. La risa infantil de ella. El llanto sofocado de él mientras pateaba desnudo y se le encogía el estómago en el lento y afilado fallecer de una cucaracha ahogada en el insecticida. Reían y lloraban deglutiendo agujas de deseo negado, el destino amargo de la separación. Y luego el panda. Y el león. El león. Sentado a horcajadas en el vientre de ella, Manuel la amenazaba con arañazos, y los gritos reprimidos contra aquel maldito mundo que le estaba quitando la única razón de su vida se desahogaron por fin en el rugido rabioso del felino. Suspiros. Caricias. Se quedaron abrazados bajo las sábanas, mejilla contra mejilla. Sólo uno más, susurró ella, uno más; luego ya está, no queda mucho. ¿Qué quieres que haga?, la interrogaron los ojos húmedos de Manuel. La tortuga, la tortuga gigante. Pero te haré daño, protestó él débilmente. Tú jamás me has hecho daño, jamás me has hecho daño en los cincuenta y un años y cuatro días de nuestro amor. Se sonrieron y se besaron antes de que él apoyara su cuerpo cansado sobre el de ella levantando la cabeza como si la sacara del agua para buscar el rayo cálido del sol. Amelia cerró los ojos. Te quiero, tortugón. Y se hizo silencio. Y en el silencio Manuel hundió su rostro una vez más, la última, en el cuello perfumado de Amelia, inhalando por última vez aquella fragancia genuina como el agua de manantial cuando cae en las flores que acaban de brotar.

Habían pasado dos años, dos años largos como siglos sin historia, dos años callados y fríos. Dos años sin olores, sin perfumes. Dos años de comidas descongeladas, de paseos en el parque y partidas de ajedrez en el centro cívico. Cada día igual que el anterior. Reloj y calendario seguían su recorrido sin que él les hiciera caso. Dos años de tristeza profunda e inmensa. Habían muerto las palabras y las imágenes. Los libros los había abandonado enseguida. Sus ojos se cansaban de perseguir las letras que se agolpaban en la página como una de esas colas descontroladas en las taquillas del cine, y su mente ya no concebía formas para aquellas frases que se deshacían con tan sólo rozar el cerebro. Los pinceles no había vuelto a tocarlos. Ya no distinguía bien los colores y tenía miedo al gris que se le comía el alma día tras día. Además, ¿quién miraría sus pinturas? ¿Quién se quedaría hechizada ante el brochazo trémulo de un anciano artrítico? Durante aquellos dos años Manuel había intentado seguir mirando el mundo con los ojos de ella, con su inocencia y su poesía. Pero ella no estaba y él se hundía en el abismo oscuro de la desolación. El desamparo a veces guiaba sus pies hasta la estación. Se quedaba mirando fijamente las vías. Imaginaba la presión del hierro frío en sus espaldas, el silbido del tren que se acercaba, el estrépito amenazador, el golpe, la nada eterna. Pero le retenía la conciencia de que Amelia, con su estricta moral de respeto hacia la vida, no se lo perdonaría nunca.

Sentados el uno frente al otro, padre e hijo deglutían su comida sin pronunciar palabra ni mirarse. Sus ojos estaban clavados en sus respectivas raciones de varitas de merluza con espárragos, como si en el fondo del plato se desvelase el secreto primordial de la existencia humana. Sus horizontes parecían terminar allí, en la escasa profundidad de la cerámica malgastada. Alejandro había heredado de su madre la tendencia a aislarse, pero sin la capacidad de transformar la segregación voluntaria en una placentera cita con su

propia alma. De Manuel, en cambio, había recibido el malhumor perenne, pero sin el don de la ironía reparadora. Desconfiaba de todos y se encerraba en una agresividad contenida que se manifestaba en gruñidos y fruncimientos cada día más frecuentes. Mientras comían, su mano izquierda jugueteaba rabiosamente con sus rizos, entrelazando los dedos y tirando con fuerza para abajo. Manuel deducía de aquel gesto que sus mandíbulas estaban haciendo demasiado ruido para el gusto de su hijo. Cuando todavía estaba Amelia, Alejandro había adquirido la costumbre de irse a comer a su habitación. A nuestro hijito le molesta que su padre mastique como un caballo, decía a veces ella medio riéndose. No le hagas caso, no es por ti; es que le tiene miedo a la vejez, añadía más seria. Pero después de su muerte Alejandro no se había atrevido a dejar a su padre comer solo y Manuel se lo agradecía quedándose interminables minutos con los bocados entre la lengua y el paladar esperando a que se decidieran a trasladarse a su estómago de forma imperceptible. Sin embargo, su intento no parecía surtir efecto puesto que Alejandro casi se había quedado calvo a fuerza de tanto torturarse y Manuel, por su parte, mejor hubiera preferido quedarse solo con su propia tristeza sin tener que aguantar la hipocondría ajena. Su hijo y él no eran capaces de quererse. Estaban solos, solos y exasperados, pensó Manuel mientras su cuerpo se estremecía al recordar las manos de Amelia acariciando sus mejillas.

Más tarde, en el cuarto, a oscuras, Manuel estaba sentado en el viejo sillón delante del balcón. Las amarillentas paredes desprendían el hedor de su amargura y su cansancio. El corazón marchitado latía débilmente. Amelia, perdóname, no puedo más. Mañana.

Al día siguiente se dirigía a la estación. En la luz rojiza de la madrugada reafirmó la determinación de su desamparo. Los andenes todavía estaban vacíos. Se anunció el paso de un tren de mercancías en pocos minutos. Sería fácil. Un paso adelante y todo acabaría. Fue entonces cuando algo le detuvo rescatándole del abismo de la desesperación. Era el perfume conocido, la esencia florida que evocaba la explosión de la primavera, el brotar de las pasiones. *Richesse*, murmuró mientras se daba la vuelta y veía una mujer alejándose, pequeña y encogida en su abrigo, muy parecida a Amelia cuando todavía tenía el pelo largo y brillante como las castañas. Empezó a seguirla, como en un sueño. Sus pasos recalcan los de ella; sus pausas reproducían las de la joven. Era una danza a cámara lenta, como la del zángano que sigue a la abeja reina y espera a que ésta llegue a su meta para por fin alcanzarla. Y fue enorme la sorpresa cuando Manuel vio a la figurita elegante y delicada entrar en su edificio y tocar al timbre de su casa. Esperó en la escalera hasta que oyó la puerta cerrarse. Luego, tieso y temeroso, se decidió a sacar las llaves del bolsillo y con sus manos doloridas buscó la cerradura. Desde el pasillo, Alejandro, que ceñía en sus manos las de la hermosa mujer, le miró con sorpresa, visiblemente nervioso. Te estaba buscando, dijo. Quería presentarte a mi futura esposa.